

—¡Inútil! cuando sea tiempo, se os apuntará vuestro papel al oído. ¡Otra historia! Esta noche han llevado un herido al palacio Coriolani, un anciano, indudablemente es Manuel Giudicelli, á las diez de esta mañana aun no había recobrado la palabra. Su médico es el doctor Antonio Doni ¿le conocéis, yerno mío?

—Soy uno de sus discípulos, señor.

—Bravo, amigo.

—¿Por qué bravo?

—Porque es necesario que este Manuel no recobre la palabra.

—¿Y de qué sirven mis relaciones con el doctor Antonio Doni?

Johann abrió la tercera carta.

—¡Oh! ¡oh!—dijo;—conocéis mucha gente, mi querido yerno. Luego contestaré á vuestra pregunta. Permitidme saber antes qué clase de relaciones existen entre vos y esa hermosa joven conocida en Nápoles con el nombre de Nina Dolci?

—Esto es cosa mía, señor—replicó Falcone.

Johann le lanzó una ojeada rápida y tan penetrante que el doctor bajó los ojos involuntariamente.

—¡Vamos!—dijo el jefe de policía con repentina bondad;—no quiero penetrar vuestros secretos, yerno mío, hé aquí otra carta que me habla de mi noble prometida, la condesa viuda de Monteleone. También ha pasado la noche en el palacio del glorioso Fulvio. Todo va tanto mejor cuanto debe considerarse armado de pies á cabeza; es un mozo inteligente, no se puede decir lo contrario.

Y cesando de hablar súbitamente, se abismó un instante en sus pensamientos.

—Sea dicho entre nosotros, yerno mío—repuso después de un corto silencio con acento que contrastaba por su seriedad con el tono sarcástico que

le era habitual:—es hora ya de que nos ocupemos de nuestras nupcias.

X

Tela de araña.

—Para que seamos los felices esposos—continuó Johann Spurzeim,—tú de la heredera de Monteleone y yo de su viuda, son indispensables dos cosas.

Primeramente, que Manuel no recobre el habla, y para ello, sólo conozco una parálisis: ¡la muerte!

En segundo lugar, como no puedo ir á hacer la corte á la noble María de los Amalfi, es indispensable que ella se tome la molestia de venir á mi humilde casa.

Estas son dos precauciones delicadas y difíciles; cuento contigo para llevarlas á cabo.

—¿Matar al viejo Manuel Giudicelli y robar á la condesa?—profirió fríamente Pedro Falcone.

—¡Exactamente!—contestó Johann;—tú reduces las cosas á su más sencilla expresión. No me desagrada eso.

—Señor—dijo Pedro Falcone,—para que no haya confusiones llamo las cosas por su verdadero nombre. Ni quiero matar á Manuel, ni robar á la condesa.

—¡Bah!—exclamó el jefe de policía;—y ¿por qué no quieres, yerno mío?

—Porque es peligroso, señor, y he resuelto no exponerme á ningún peligro personal.

—¡Buena idea!—exclamó Johann sonriendo;—más me gusta verte así que no poniendo reparos. Sin embargo, si se te suplicase...

—Sería inútil.

—¿Si se te amenazase?

—¡Probadlo!—dijo Pedro Falcone poniendo un mondadientes entre sus labios.

Johann le miraba con esa sonrisa picaresca y bondadosa que le era familiar.

El doctor tosió por segunda vez. Sin duda era un medio de conservar su serenidad bajo la mirada burlona del jefe de policía. Pero éste lo tomó por otro lado.

—Es necesario cuidar esa tos, yerno mío—le dijo con acento afectuoso;—me recuerda la de la pobre Bárbara.

Falcone arrugó el entrecejo.

Johann introdujo vivamente su mano entre las sábanas añadiendo con un gran suspiro:

—¡Nada he escaseado para sus funerales.

Esta vez su mano sacó un objeto de pequeñas dimensiones que brilló á la dudosa luz de la alcoba, y el cual ofreció á Falcone diciendo con sencillez:

—Son contra la tos, yerno mío. La pobre Bárbara tenía gran confianza en ellas.

Falcone tomó el objeto con cólera. Sus mejillas palidieron.

—¡Habéis enviado agentes á mi casa!—exclamó.

—Una pastilla contra la tos—repitió Johann.

Falcone le lanzó una mirada sangrienta. Al primer golpe de vista había reconocido una de sus cajitas de oro.

Johann sonriendo siempre, introdujo de nuevo su mano bajo las sábanas y sacó una segunda cajita exactamente semejante á la primera.

—Amigo, ¿preferís tomarla de esta? No me acuerdo bien cuál es la buena.

Y arrojó la segunda cajita á las rodillas de Falcone que temblaba de cólera.

—Acordaos bien de esto, yerno mío—murmuró

dejando de sonreír—soy muy fuerte... y vos no pasáis todavía de aprendiz...

—Pero ahora que estas dos cajitas están en mi poder...—profirió Pedro Falcone.

Johann se puso á leer en alta voz un papel que había entre las cartas:

«Informe dirigido á Su Excelencia el jefe de policía por Jacobo Civetta, inspector de tercera clase, relativo al embargo verificado en el domicilio del señor Pedro Falcone, doctor en medicina de la facultad de Bolonia, cuyo embargo consiste en dos cajas de oro con las iniciales de Bárbara Spurzeim, esposa del susodicho señor...»

Los puños de Falcone se crisparon y lanzó un sordo gemido.

—Soy muy fuerte...—repitió Johann interrumpiéndose para sonreír otra vez;—¿convenís en ello, yerno mío?

En el techo de la cama oyóse un ruido súbito.

—El carruaje del ministro de Estado acaba de detenerse delante de la puerta de las oficinas—dijo la voz de Beccafico.

Johann sintió un temblor inmediatamente reprimido.

—De pie, Falcone—ordenó con dureza,—y en guardia.

El doctor se levantó como á pesar suyo.

Johann prosiguió hablando á Beccafico invisible.

—Supuesto que Su Excelencia se digna visitar á un pobre moribundo, manda abrir todas las puertas, y dispón las cosas de manera que el señor ministro tenga que atravesar el aposento mortuario. No le ocultes que estoy malo, muy malo. ¡Ay! la desgraciada y prematura muerte de la pobre Bárbara me ha descargado el último golpe. ¡Anda!

La trampa se cerró.

—Amigo—dijo Johann á Falcone,—esto no es

una casualidad; soy muy fuerte. Al pasar dirás algunas palabras al seminarista para que tenga paciencia; no tendremos necesidad de él hasta después de mi entrevista con la condesa. Dentro de diez minutos debes estar en el palacio de Coriolani.

—Pero, en nombre del cielo—exclamó Falcone con verdadera desesperación;—¿cómo quieres que lo haga?

Johann se encogió de hombros.

—El doctor Antonio Doni—replicó,—ha partido esta mañana para Salerno, y no casualmente; yo atiendo á todo, pero esto puede parecer una casualidad; como la visita del ministro...

Aquí dejó escapar su risita y prosiguió:

—Esto por lo que respecta á Manuel. En cuanto á la condesa, recibió esta mañana una esquila amorosa, y tú hallarás en la puerta del palacio de Coriolani un carruaje parecido á los del glorioso Fulvio. Lo demás á ti te concierne. ¡Qué diablo! los médicos se substituyen; es un servicio de fraternidad. Y cuando se trata de una pobre madre que busca á sus hijos... Pero hé ahí á Su Excelencia. ¡Vete!

Pedro Falcone salió por el corredor que conducía al antiguo gabinete de labor de Bárbara Spurzeim. En este gabinete Julián aguardaba, inquieto y triste por verse separado de su hermana.

Falcone entró allí corriendo; parecía loco. A la vista del vasto sillón donde se había sentado Bárbara la noche precedente, palideció y se detuvo.

Johann había abierto precipitadamente el pequeño armario oculto en la cabecera de su cama, y acercado á su oído el instrumento compuesto de un pabellón de marfil pegado á un cordón hueco y flexible.

—¿Me vents á buscar?—preguntó Julián á Falcone.

—A ver lo que va á contestar—pensó Johann que había oído perfectamente la pregunta;—no es muy avisado, pero tampoco me gustan las personas demasiado listas.

—De vos se trata—replicó Falcone;—esta es la casa del diablo.

Johann se echó á reir encogiéndose de hombros.

El techo de su cama crujió ligeramente, y mientras caía un papel sobre el cobertor, la voz de Beccafico dijo:

—Privato conduce á Su Excelencia por los aposentos enlutados.

El papel contenía estas palabras:

«No se ha encontrado á la joven en casa de los Folquieri.»

Johann apoyó su dedo en la frente. En el corredor vecino se oían pasos.

—Será necesario aprovecharse de esto—refunfuñó cerrando su pequeño armario;—el buen jugador se aprovecha de todo, y yo no he encontrado, en cincuenta años, otro jugador tan hábil como yo.

Después de haberse hecho así justicia, Johann acomodó la cabeza sobre la almohada y se puso á respirar fatigosamente, porque la puerta se abría.

—Tómese Su Excelencia la molestia de pisar quedo—decía Privato apareciendo en el umbral con la pluma tras la oreja;—Su Señoría está muy delicado.

Johann le concedió *in petto* un ducado de gratificación aunque no abusaba de las gratificaciones, pero tenía con frecuencia la «intención» de recompensar los buenos servicios.

La historia no dice que el flaco y famélico Privato, poeta distinguido, recibiese su ducado.

—Esto nuele á muerto—murmuró el ministro al entrar.

Privato volvió á cerrar la puerta tras de sí.

El señor Carlos Piccolomini, ministro de Estado del rey Fernando de Nápoles, se adelantó algunos pasos guiándose con su caña de Indias como un ciego. Su altivo semblante denotaba una expresión ambigua de repugnancia y desconfianza.

—¿Estáis acostado, señor Johann Spurzeim?—preguntó al llegar cerca de la mesa donde el doctor Pedro Falcone almorzara poco antes.

Johann exhaló media docena de dolorosos gemidos y respondió:

—¡Ah! señor Piccolomini, vuestro proceder es el de un alma noble y cristiana... Venís á visitar á un subalterno que hace su hatillo para el otro mundo. Es hermoso... es sublime en este siglo de refinado egoísmo. Pero vos poseéis un corazón excelente, mi querido y respetable señor... ¡Ay! ¡Dios mío! ¡ay! ¡Virgen Santa! ¡cuánto se ha de sufrir para que el alma abandone su miserable prisión!

El ministro de Estado estaba en la cabecera de la cama. Sus ojos, habituados poco á poco á la obscuridad, empezaban á distinguir la faz macilenta, rugosa y cadavérica del jefe de policía.

El ministro pensaba:

—Este pobre hombre no llegará á la noche.

—Sentaos—repuso Johann entre dos gemidos;—aunque moribundo, aun tengo la cabeza despejada para mirar por los intereses de Su Señoría.

—Gracias—dijo el ministro;—no hablemos más que de vos.

—¡De mí!—replicó Johann;—yo, gracias á Dios, ya he cumplido mis últimos deberes con la religión, y nada tengo que hacer en la tierra... Jesús, señor, cuando pienso que se me ha acusado de ambicionar el puesto eminente de Su Excelencia

—Nunca lo he creído, señor Spurzeim.

—Antes de morir he querido dar una prueba á mi soberano y á vos de mi acendrado celo descubriendo los proyectos de una asociación de malhechores, reunidos para explotar la buena fe del rey con motivo de un pretendido diamante sacado de las minas de la India...

—¡Ah!—dijo el ministro—¿tenéis noticias precisas?

—En mis papeles se hallará todo lo relativo á este asunto. En este momento quiero hablaros de cosas mucho más importantes. Si no ponéis hoy mismo el pie sobre la cabeza de Fulvio Coriolani, mañana Coriolani será primer ministro, y Armellini, el traidor, dormirá en el palacio de Su Excelencia.

Lo que daba verosimilitud á las palabras de Johann, era que desde algún tiempo el señor Piccolomini sentía que el suelo de la corte temblaba bajo sus pies. La impresión de lo que había pasado la víspera en el palacio Doria permanecía aún fresca en su memoria.

Bajo el punto de vista político, el señor Carlos Piccolomini estaba entre la vida y la muerte. Johann, que había abierto la mina con sus propias manos, lo sabía bien.

—Mi querido señor—dijo el ministro ocultando lo mejor que pudo su emoción,—haced el favor de decirme cómo lo podría hacer para atacar hoy mismo á ese hombre.

—Si no retrocedéis ante mi proposición, la cosa es fácil, señor.

El ministro acercó su silla y dijo:

—¡Hablad!

Johann exhaló su contingente de gemidos y en seguida repuso:

—Entre dos y tres de esta tarde, la familia real

entera, con los Doria y los Pamfili, se reunirán en la quinta Floridiana, en el palacio del príncipe de Salerno.

—Ya lo sé.

—¿Sabéis para qué es esta reunión?

—Para arreglar las condiciones del matrimonio entre Fulvio Coriolani y Angélica Doria.

—Y para reconocer á Fulvio Coriolani—añadió Johann Spurzeim,—como heredero directo y legítimo de Mario, conde de Monteleone, cuyos dominios restituídos igualarán á la dote real.

El ministro se agitó en su asiento.

—¿Decís la verdad?—tartamudeó.

—Digo la verdad... —y continuó:— Coriolani, aventurero, favorito por capricho, príncipe fabuloso, es más popular en Nápoles que vos y vuestros ilustres colegas. ¿Qué sucederá el día en que Coriolani se presente como primo del rey, y veinte veces, cien veces millonario?

—Pero—repuso el ministro,—¿es realmente el heredero directo de Monteleone?

—No.

—Pues, ¿de quién es hijo?

—Del diablo, señor, como los gitanos del sur llaman á los bastardos. Pero es tan fuerte, tan hábil, tan sagaz y tan atrevido como el diablo de su padre. Se ha armado de pruebas de su pretendido nacimiento, y no hay en el mundo nadie más que yo, Johann Spurzeim, capaz de confundirle.

—¡Y vos estáis postrado en cama!—exclamó el ministro.

—¡Por una enfermedad mortal!—añadió fríamente el jefe de policía.

El ministro dejó caer sus brazos con desaliento.

—¿Cómo hacerlo?—murmuró.

Esta frase, salida de la boca del ministro, era

como un grito desesperado. Johann olvidó un gemido y contestó:

—Ayer encerrasteis en la prisión Mayor á seis ó siete jóvenes de la alta nobleza que sin saberlo hacían de agentes de policía.

—¿El marqués de Malatesta y sus compañeros?

—Sí, señor.

—Me vi obligado á ello.

—Yo no increpo á Su Excelencia... solamente le anuncio que esos jóvenes se hallan en libertad.

El ministro se irguió.

—Y que aguardan á Su Excelencia—continuó tranquilamente Johann—en el ministerio de Estado.

—¿Con qué objeto?

—¿Qué hora tiene Su Excelencia?—preguntó Johann en vez de responder.

El ministro replicó consultando su reloj:

—Las dos.

—Es necesario que dentro de un cuarto de hora—dijo el jefe de policía,—Malatesta, Sampieri y los demás estén en la quinta Floridiana. Ellos saben lo que deben hacer y tienen pruebas en su apoyo. Si las pruebas que tienen no bastan, el *deus ex machina* aparecerá en el momento oportuno...

—Señor Spurzeim—exclamó el ministro en el colmo de la agitación,—todo eso son para mí enigmas. Yo no puedo caminar así á ciegas.

—Cada minuto que perdéis, Excelencia—replicó Johann,—da una terrible ventaja á vuestro adversario.

—Sin embargo...

—He concluído. La responsabilidad del retardo caerá sobre Su Excelencia.

El ministro se levantó y dirigióse hacia la puerta como un hombre ebrio.

Johann le seguía con mirada burlona.

—Si al volver no me encuentra vivo—añadió á manera de despedida,—suplico á Su Excelencia que me tenga presente en sus oraciones.

Y sacó de debajo de su almohada un lápiz y un pliego de papel.

—Recapitulemos—dijo para sí:—yo soy como la araña en el centro de su tela... Si olvidara un solo hilo, ¡adiós conjunto!... Pero no, no olvidaré nada... ¡Qué jugador de ajedrez habría sido!

Y mojando en los labios la punta de su lápiz, escribió algunas palabras en el papel.

—Aun conservo buen carácter de letra—pensó, incapaz de dejar pasar la menor ocasión de dirigirse un cumplimiento.

El trabajo en que se ocupaba consistía en dar un nombre á cada uno de los hilos de su tela de araña.

—El seminarista está ahí...—murmuró haciendo un borrón;—su hermana en el palacio Coriolani... no me cabe duda... El ministro corre á su puesto... Malatesta, Sampieri y compañía están en el suyo... La pobre Bárbara... ¡ah! ésta no habría podido rehusarme su admiración!... ¡Me comprendía tan bien!... He arreglado el negocio Brown y las cifras... He hecho lo necesario por lo que toca á Manuel... Pedro Falcone no me embaraza mucho: es un pobre hombre... Queda la condesa... ¡ésta será el ramillete, un modelo!

Primero se restregó las manos, en seguida abrió su pequeño armario y aplicó el oído al pabellón de marfil.

—¡Cómo se pasea el querubín!—repuso;—se impacienta... ¡Dios me perdone! ¡creo que habla solo!... ¡Angélica!... ¡Esto es un monólogo amoroso!... Yo me encargo de curarle radicalmente de ese amor!

Volvió á tomar el papel y escribió el nombre de Loredano Doria: faltaba este hilo en su tela.

La puerta rechinó sobre sus goznes, y apareció en el umbral Pedro Falcone.

Johann colocó su mano delante de sus ojos para verle mejor.

—Yerno mío—le dijo alegremente,—tienes la fisonomía perfectamente lúgubre; luego has vencido en toda la línea; habla pronto, que llevamos prisa.

—He vencido—profirió en voz baja el doctor.

—¿Manuel?

—No hablará más.

—¿La condesa?

—Está abajo, en el carruaje.

—¡Yerno mío, vales un Perú!—exclamó Johann Spurzeim;—ven á ayudarme, me quiero levantar; nos falta representar una pequeña escena preparatoria... El personaje más importante aquí, no es por cierto la condesa viuda de Monteleone.

Y mientras Pedro Falcone le ayudaba á levantar, decía:

—Harás entrar á la condesa por los aposentos de la derecha... No hay necesidad de que vea el aparato de luto... Todo debe sonreír y ser de color de rosa la víspera de nuestros afortunados esponsales.

XI

El escudo de Monteleone

Hacia más de una hora que Julián se hallaba solo en la habitación que hemos descrito en uno de los capítulos precedentes como gabinete de labor de Bárbara, cuando notó que en el respaldo

de un gran sillón de dorso cóncavo, la seda bordada representaba el escudo de Monteleone.

¿Era casualidad? Los muebles de familia salen muchas veces de las casas extinguidas para ir á adornar otras habitaciones, según la suerte de la almoneda.

De todas las historias oídas en su infancia, ninguna le había impresionado tan vivamente como la del ilustre Mario, conde de Monteleone. Conocía todos sus detalles... Muchas veces había sospechado que Manuel Giudicelli, su padre adoptivo, estuvo mezclado en el drama de Martorello.

También soñaba con frecuencia en aquellos niños huérfanos que, nacidos en la opulencia, estaban ahora á merced de Dios.

Sin duda Monteleone se había sentado en aquel sillón.

Maquinalmente extendió la mano hacia un velador que tenía cerca, y encontrando un pequeño libro encuadernado en una piel oscura con manecillas de oro, le estuvo examinando con atención.

En las cubiertas estaba también grabado el escudo de Monteleone con estas palabras: *Agere, non loqui.*

Julián le abrió. Era una «Imitación de Jesucristo.»

En la primera página en blanco había escritas dos líneas en caracteres de mano al parecer de mujer.

«María lo regaló á Mario en la fiesta del santo de ambos, 15 Agosto de 1808.»

Las lágrimas asomaron á los ojos de Julián.

¿Qué casa era ésta donde así vivía el recuerdo de Monteleone?

El ajuar de la habitación era austero. Aquellas paredes sobrias de molduras, aquellos cuadros maestros representando escenas trágicas ó religio-

sas, infolios abiertos en atriles de roble ennegrecidos por el tiempo, todo ello recordaba á Julián el aspecto severo de las santas habitaciones que había frecuentado en su infancia. Pero su espíritu no necesitaba en aquel momento la cooperación de los objetos exteriores para elevarse á la etérea región de la fantasía.

Hallábase sentado en el sillón donde vimos á Pedro Falcone la noche precedente. A su frente había un piano abierto. Sobre el piano descollaba una santa Cecilia de Antonieta Pinelli, que con los ojos levantados al cielo parecía bañar sus sentidos en mística armonía. Era lo que bastaba.

Una visión mucho más bella que la santa patrona de las sinfonías religiosas, un ángel más rubio, más inspirado aún, la imagen de Angélica, en fin, acababa de sentarse delante del piano, recorriendo sus dedos lentamente las calladas teclas.

Julián escuchaba extasiado no sé qué concierto delicioso como la voz de los amores juveniles.

En un instante dado, este sueño se convirtió en realidad. El ambiente resonó al eco de verdaderos cantos, pero cantos graves y lúgubres.

Levantóse para asomarse á una ventana que daba al patio. Julián vió ante él una puerta tendida de negro, y sacerdotes que subían las gradas salmodiando un himno.

Sin duda en la casa había un muerto. Cuando Julián volvió á su puesto, sus ideas habían variado.

Entonces pareció presa de una viva agitación. Las horas pasaban. La pobre Celestina, inquieta y triste, debía estarle aguardando con impaciencia en casa de los Folquieri.

Julián se puso á pasear de arriba abajo de la habitación. Éste fué el momento en que Johann

Spurzeim, abriendo el pequeño armario de su alcoba, aplicó el oído al pabellón de marfil.

A medida que transcurrían los minutos, la impaciencia del seminarista aumentaba. Por fin, no pudiendo aguardar más, se adelantó hacia la puerta para inquirir y preguntar por Manuel, en nombre del cual se le había avisado.

Al llegar delante de la puerta, ésta giró lentamente sobre sus goznes. La aparición que se ofreció á sus ojos era tan extraordinaria é inesperada, que Julián retrocedió hasta en medio del aposento.

En el umbral, y sostenido por el caballero que lo había ido á buscar, se presentó un esqueleto vivo, trémulo y vacilante.

No tenía más que la piel y los huesos, y aun éstos eran débiles y mal trabados, la piel gris y arrugada, como la de una serpiente que se ha secado.

Hallábase en plena luz, y, sin embargo, Julián dudaba de estar despierto.

Johann Spurzeim, porque el lector no habrá dejado de conocerle, se detuvo en el umbral. Su mirada fisgona é incierta se dirigió primero á Julián, pero inmediatamente la apartó.

—Hay demasiada luz aquí—murmuró con voz cansada.

—Hé aquí el hombre—dijo Pedro Falcone.

—Hay demasiada luz—repitió Johann;—me hace daño.

Y al cerrar los ojos se estremeció. Pedro Falcone entornó la puerta, arrimóle á un ángulo como un cuerpo inerte, y corrió las cortinas de la ventana.

Johann le dijo cuando aquél estuvo de vuelta:

—Ved cómo me sostengo bien solo.

Julián esperaba inmóvil y mudo de sorpresa.

—¡Vamos!—profirió el espectro apoyándose en su conductor—¡otra embestida, amigo... adelantel... Pedro Falcone lo cogió por los sobacos y el espectro empezó á andar trabajosamente.

Habíase envuelto en una bata acolchada que al abrirse dejaba ver la horrible anatomía de sus piernas.

Así llegó, jadeando y gimiendo, hasta Julián, que no se movía. Cuando estuvo á su lado, puso sus manos crispadas sobre sus hombros, y le miró.

Le estuvo contemplando mucho tiempo.

Julián notaba como un temblor desigual y convulsivo en aquel mísero cuerpo. Pero la fisonomía del enfermo estaba tranquila. Sus ojos eran claros, y una sonrisa cruel y glacial vagaba en sus labios.

—¡Se le parece mucho... mucho!—murmuró volviéndose á medias hacia el doctor.

Julián estaba confuso; los ojos de aquel hombre le hacían daño.

—Señor—exclamó,—¿no puedo ver á mi padre Manuel?

—Mucho—repitió Johann,—se le parece mucho.

—Tengo una hermana—replicó Julián—que está sola en casa... Me espera y quiero volver junto á ella.

—Colócame en este sillón, amigo—dijo Johann á Pedro Falcone,—estoy muy cansado...

Pedro Falcone le ayudó á arrastrarse hasta el sillón que tenía bordadas las armas de Monteleone.

Al sentarse en él dijo:

—¡Pobre Bárbara!... ella habló de siete días... pero era para asustarme... su carácter adolecía de cierta malignidad.

—Ponme algo en la cabeza, amigo,—añadió después de una pausa;—tengo frío... Envuélveme los pies en una manta... Toma el chal de la pobre

Bárbara que está colgado allá. Dios sabe que no le guardo mala memoria, á pesar de haber hablado de esos siete días.

Cuando le hubo colocado en el sillón, Johann levó la voz:

—¡Que se acerque ese joven!—ordenó, Falcone hizo acercar á Julián.

Johann fijó en él su mirada fría y cruel

—Manuel no vendrá—profirió con voz estridente;—Manuel ha muerto.

Julián lanzó un grito.

—¡Muerto!—repitió—¡Manuel... padre mío!

—Se le parece mucho—refunfuñó por tercera vez Johann,—sus mismos ojos... y su boca tomó esa misma expresión cuando le dijeron: «—¡Te han robado tus hijos!»

Julián no oía.

En el momento en que iba á hablar, Johann le cerró la boca con un ademán seco y brusco.

—Callad—le dijo,—más tarde conversaremos... Tenéis tiempo... Ya no hallaréis á vuestra hermana en casa... ¡la han robado!

Julián dió un salto hacia la puerta

—No os vayáis—añadió Johann imperiosamente,—en este mundo sólo tenéis un amigo y un protector que soy yo.

—¡Hermana mía! ¡Hermana mía!—sollozaba Julián retorciéndose las manos.

—Abre la puerta del gabinete—ordenó Johann al doctor.

Este obedeció.

—¡Entrad ahí, joven!—prosiguió Spurzeim señalándole la puerta—y mirad atentamente lo que pasará por aquí... Escuchad bien... que no toméis una palabra por un suspiro. Vais á saber vuestra historia... Vuestra historia es terrible... Cuando salgáis de aquí, saldréis hecho un hombre... Entonces

os daré el arma que debe vengar lágrimas y sangre... ¡Marchaos!

Julián estaba como ebrio. Así se dejó conducir al gabinete vecino, del cual Pedro Falcone corrió las cortinas.

Johann dijo:

—Haced entrar inmediatamente á la condesa.

Un instante después, María de los Amalfi, vestida de luto y cubierta con un velo, entraba en la habitación de Bárbara. Pedro Falcone había quedado afuera; Julián, oculto tras la cortina, pugna por contener sus sollozos.

XII

La defensa de Johann Spurzeim

Con las cortinas corridas la habitación estaba tan oscura que María de los Amalfi no vió, al principio, sino una masa confusa é inmóvil en el gran sillón que había delante de la mesa.

Julián, al contrario, colocado en un lugar aun más oscuro, y cuyos ojos se habituaban por otra parte á esta media luz, pudo distinguir el aire noble y dulce semblante de la desconocida, que al entrar levantó su velo.

A pesar de la desesperación profunda en que le sumían las noticias que acababa de saber, sintió nacer en su alma un interés poderoso que le sorprendía. Nunca había visto á aquella mujer, y, sin embargo, aguardaba con ansiedad el sonido de su voz, como si hubiese esperado conocerla.

Pero este primer impulso desapareció muy pronto. La muerte de Manuel, el pobre anciano que le había educado, y el robo de su hermana, de su querida hermana, su única compañera, y que cons-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO